

El ladrón ahorcado en Europa dura poco tiempo expuesto á la pública espectacion, y de consiguiente dura poco el temor. Luego que se aparta de la vista del perverso aquel objeto funebre, se borra tambien la idea del castigo, y queda sin el menor retraente para continuar en sus delitos.

En la Europa quedan aislados los escarmientos (si escarmentaran) á la ciudad donde se verifica el suplicio, y fuera de esto, los niños, cuyos débiles cerebros se impresionan mejor con lo que ven que con lo que oyen, no viendo padecer á los ladrones, sino oyendo siempre hablar de ellos con odio, lo mas que consiguen es temerlos, como temerian á unos perros rabiosos; pero no conciben contra el robo todo el horror que fuera de desear.

Aquí sucede todo lo contrario. El delincuente permanece entre los buenos y los malos, y por lo mismo el ejemplo permanece, y no aislado á una ciudad ó villa, sino que se extiende á cuantas partes van estos infelices, y los niños se penetran de terror contra el robo, y de temor al castigo, porque les entra por los ojos la leccion mas elocuente.

Comparad ahora si será mas útil ahorcar á un ladrón que herrarlo y mutilarlo; y si aun con todo lo que dije, persistis en que es mejor ahorcarlo, yo no me opondré á vuestro modo de pensar, porque sé que cada reino tiene sus leyes particulares y sus costumbres propias que no es fácil abolir, así como no lo es introducir otras nuevas; y con esta salva dejemos á los legisladores el cuidado de enmendar las leyes defectuosas segun las variaciones de los siglos, contentándonos con obedecer las que nos rigen, de modo que no nos alcancen las penales.

Todos aplaudieron al chino, se levantaron los manteles, y cada uno se retiró á su casa.

CAPITULO VI.

En el que cuenta Perico la confianza que mereció al chino: la venida de este con él á México, y los dias felices que logró á su lado gastando mucho y tratándose como un conde.

CONTENTO y admirado vivia yo con mi nuevo amigo. Contento por el buen trato que me daba, y admirado por oirlo discurrir todos los dias con tanta franqueza sobre muchas materias que parecia que las profesaba á fondo. Es verdad que su estilo no era el que yo escribo, sino uno muy sublime y lleno de frases que regalaban nuestros oidos; pero como su locucion era natural, añadia con ella nueva gracia á sus discursos.

Entre tanto yo gozaba de la buena vida, no me descuidaba en hacer mi negocio á sombra de la amistad que el Chaen me dispensaba, y así ponía mis palabras, interesaba mis súplicas, y hacia frecuentemente mis empeños todos por los que me ocupaban sin las manos vacias, y de esta suerte con semejante grangería llené un baúl de regalitos apreciables.

Todo esto se deja entender que era á escusas de mi favorecedor, pues era tan íntegro, que si hubiera penetrado mis malas artes, acaso yo no salgo de aquella ciudad, pues me condena él mismo á un presidio; pero como no es muy fácil que un superior distinga al que le advierte del que lo adula y engaña, y mas si está preocupado en favor de este, se sigue que el malvado continúa sin recelo en sus picardias, y los superiores imposibilitados de salir de sus engaños.

Advertido yo de estos secretos, procuraba hablarle siempre al Loitia con la mayor circunspeccion; declarándome partidario tenaz de la justicia, mostrándome compasivo y nimiamente desinteresado, celoso del bien público, y en todo adherido á su modo de pensar, con lo que le lisongeaba el gusto demasiado. Era el chino sábio, juicioso y en todo bueno; pero ya este.

ba yo acostumbrado á valerme de la bondad de los hombres para engañarlos cuando podia; y así no me fué difícil engañar á este. Procuré conocerle su genio: advertí que era justo, piadoso y desinteresado; le acometia siempre por estos flancos, y rara vez no conseguia mi pretension.

En medio de esta bonanza no dejaba yo de sentir que me hubiese salido huero mi virreinato, y muchas veces no podia consolarme con mi fingido condazgo, aunque no me descuadraba que me regalaran las orejas con el título, pues todos los dias me decian los extrangeros que visitaban al Chaen: Conde, oiga V. S. Conde, mire V. S. Conde, tenga V. S. y daca el Conde y torna el Conde, y todo era condearme de arriba abajo. Hasta el pobre chino me condeaba en fuerza del ejemplo, y como veia que todos me trataban con respeto y cariño, se creyó que un Conde era lo menos tanto como un Tután en su tierra ó un visir en la Turquía. Agreguen vds. á este equivocado concepto la idea que formó de que yo le valdria mucho en México, y así procuraba asegurar mi proteccion, grangeándome por cuantos medios podia; y los extrangeros que lo habian menester á él, mirando lo que me queria, se empañaban en adularlo, expresándome su estimacion; y así engañados unos y otros, conspiraban sin querer á que yo perdiera el poco juicio que tenia, pues tanto me condeaban y usaban; tanto me lisongeaban, y tantas caricias y rendimientos me hacian, que ya estaba yo por creer que habia nacido conde y no habia llegado á mi noticia.

¡Qué mano, decia yo á mis solas, qué mano que yo sea conde y no lo sepa! Es verdad que yo me titulé; pero para ser Conde, ¿qué importa que me titule yo ó me titule el rey? Siendo titular, todo se sale allá. Ahora ¿qué mas tiene que yo el mejor conde del universo? ¡Nobleza! No me falta. ¡Edad! Tengo la suficiente. ¡Ciencia! No la necesito, y ganas me sobran.

Lo único que no tengo es dinero y méritos; mas esto es una

friolera. ¡Acaso todos los condes son ricos y ameritados! ¿Cuántos hay que carecen de ambas cosas? Pues ánimo, Perico, que un garbanzo mas no revienta una olla. Para Conde nací segun mi genio, y Conde soy y Conde seré, pésele á quien le pesare, y por serlo haré cuantas diabluras pueda, á bien que no seré el primero que por ser Conde sea un bribon.

En estos disparatados soliloquios me solia entretener de cuando en cuando, y me abstraia con ellos de tal modo, que muchas veces me encerraba en mi gabinete, y era menester que me fuesen á llamar de parte del Chaen, diciéndome que él y la córte me estaban esperando para comer. Entonces volvia yo en mí como de un letargo, y exclamaba: ¡Santo Dios! no permitas que se radiquen en mi cerebro estas quiméricas ideas y me vuelva mas loco de lo que soy.

La Divina Providencia quiso atender á mis oraciones, y que no parara yo en S. Hipólito de Conde, ya que habia perdido la esperanza de entrar de virrey, así como entran y han entrado muchos tontos por dar en una majadería difícil, si no imposible.

A pocos dias avisaron los extrangeros que el buque estaba listo, y que solo estaban detenidos por la licencia del Tután. Su hermano la consiguió fácilmente; y ya que todo estaba prevenido para embarcarnos, les comunicó el designio que tenia de pasar á la América con licencia del rey, gracia muy particular en la Asia.

Todos los pasajeros festejaron en la mesa su intencion con muchos vivas, ofreciéndose á porfia á servirlo en cuanto pudieran. Al fin era toda gente bien nacida, y sabian á lo que obligan las leyes de la gratitud.

Llegó el dia de embarcarnos, y cuando todos esperábamos á bordo el equipage del Chaen, vimos con admiracion que se redujo á un catre, un criado, un baúl y una petaquilla.

Entonces y cuando entró el chino le preguntó el comerciante español: ¿que si aquel baúl estaba lleno de onzas de oro? No

está, dijo el chino: apenas habrá doscientas. Pues es muy poco dinero, le replicó el comerciante, para el viage que intentais hacer. Se sonrió el chino y le dijo: me sobra dinero para ver México y viajar por la Europa. Vos sabeis lo que haceis, dijo el español; pero os repito que ese dinero es poco. Es har-to, decia el chino: yo cuento con el vuestro, con el de vuestros paisanos que nos acompañan, y con el que guardan en sus arcas los ricos de vuestra tierra. Yo se los sacaré lícitamente y me sobrará para todo.

Hacedme favor, replicó el español, de descifrarme este enigma. Si es por amistad, seguramente podeis contar con mi dinero y con el de mis compañeros; pero si es en linea de trato, no sé con qué nos podreis sacar un peso. Con pedazos de piedras y enfermedades de animales, dijo el chino, y no me preguntéis mas, que cuando estemos en México yo os descifraré el enigma.

Con esto quedamos todos perplejos, se levaron las anclas, y nos entregamos á la mar, queriendo Dios que fuera nuestra navegacion tan feliz, que en tres meses llegamos viento en popa al puerto y ruin ciudad de Acapulco, que á pesar de serlo tanto, me pareció al besar sus arenas mas hermosa que la capital de México. Gozo muy natural á quien vuelve á ver, despues de sufrir algunos trabajos, los cerros y casuchas de su pátria.

Desembarcámonos muy contentos: descansamos ocho dias, y en literas dispusimos nuestro viage para México.

En el camino iba yo pensando cómo me separaría del chino y demás camaradas, dejándolos en la creencia de que era Conde, sin pasar por un embustero, ni un ingrato grosero; pero por mas que cavilé, no pude desembarazarme de las dificultades que pulsaba.

En esto avanzábamos leguas de terreno cada día, hasta que llegamos á esta ciudad, y posamos todos en el meson de la Heradura.

El chino, como que ignoraba los usos de mi pátria, en todo hacia alto, y me confundía á preguntas, porque todo le cogia de nuevo, y me rogaba que no me separara de él, hasta que tuviera alguna instruccion, lo que yo le prometí, y quedamos corrientes; pero los extrangeros me molian mucho con mi con-dazgo, particularmente el español, que me decia: Conde, ya dos dias hace que estamos en México, y no parecen sus criados ni el coche de V. S. para conducirlo á su casa. Vamos, la verdad, vd. es conde.... pues.... no se incomode V. S. pero creo que es conde de cámara, así como hay gentiles hombres de cámara.

Cuando me dijo esto, me incomodé y le dije: crea vd. ó no que soy Conde, nada me importa. Mi casa está en Guadalajara: de aquí á que vengan de allá por mí se ha de pasar algun tiempo, y mientras no puedo hacer el papel que vd. espera; mas algun dia sabremos quien es cada cual.

Con esto me dejó y no me volvió á hablar palabra del con-dazgo. El chino, para descubrirle el enigma que le dijo al tiempo de embarcarnos, le sacó un cañutero lleno de brillantes esquisitos, y una cajita, como de polvos, surtida de hermosas perlas, y le dijo: Español, de estos cañuteros tengo quince, y cuarenta de estas cajitas: ¿qué dice vd. * me habilitarán de moneda á merced de ellos?

El comerciante, admirado con aquella riqueza, no se cansaba de ponderar los quilates de los diamantes, y lo grande, igual y orientado de las perlas; y así en medio de su abstraccion respondió: Si todos los brillantes y perlas son como estas, en tanta cantidad, bien podrán dar dos millones de pesos. ¡O qué riqueza! ¡qué primor! ¡qué hermosura!

Yo diria, repuso el chino, ¡qué boberia! ¡qué locura! ¡y qué necedad la de los hombres que se pagan tanto de unas piedras

* Habia aprendido el chino en la navegacion los tratamientos y modo de hablar de nosotros.

y de unos humores endurecidos de las ostras, que acaso serán enfermedades, como las piedras que los hombres crían en las vejigas de la orina ó los riñones! Amigo: los hombres aprecian lo difícil mas que lo bello. Un brillante de estos cierto que es hermoso, y de una solidez mas que de pedernal; pero sobran piedras que equivalen á ellos en lo brillante, y que remiten á los ojos la luz que reflecta en ellos matizada con los colores del iris, que son los que nos envía el diamante y no mas. Un pedazo de cristal hace el mismo brillo, y una sarta de cuentas de vidrio es mas vistosa que una de perlas; pero los diamantes no son comunes, y las perlas se esconden en el fondo de la mar, y he aquí los motivos mas sólidos porque se estiman tanto. Si los hombres fueran mas cuerdos, bajarían de estimacion muchas cosas que la logran á merced de su locura. En uno de esos libros que ustedes me prestaron en el viaje, he visto escrito con escándalo que una tal Cleopatra obsequió á su querido Marco Antonio, dándole en un vaso de vino una perla desleída en vinagre, pero perla tan grande y exquisita que dicen valía una ciudad.

Nadie puede dudar que este fué un exeso de locura de Cleopatra, y una necia vanidad; pero yo no la culpo tanto. Es verdad que fué una extravagancia de muger, que apasionada por un hombre, creyó obsequiarlo dándole aquella perla inestimable, en señal de que le daba lo mas rico que tenia; pero esto nada tiene de particular en una muger enamorada. La reputacion, la libertad y la salud de las mugeres, creeré que valen mas para ellas que la perla de Cleopatra, y con todo eso todos los dias sacrifican á la pasion del amor y en obsequio de un hombre, que acaso no las ama, su salud, su libertad y su honor.

A mí lo que me escandaliza no es la liberalidad de Cleopatra, sino el valor que tenia la perla; pero ya se vé, esto lo que prueba es que siempre los hombres han sido pagados de lo raro. A mí por ahora lo que me interesa es valerme de su preocupacion para habilitarme de dinero.

Pues lo conseguirá vd. fácilmente, le dijo el español, porque mientras haya hombres, no faltará quien pague los diamantes y las perlas; y mientras haya mugeres, sobrarán quien sacrifiquen á los hombres para que las compren. Esta tarde vendré con un lapidario, y emplearé diez ó doce mil pesos.

Se llegó la hora de comer, y despues de hacerlo, salió el comerciante á la calle, y á poco rato volvió con el inteligente y ajustó unos cuantos brillantes y cuatro hilos de perlas con tres hermosas calabacillas, pagando el dinero de contado.

A los tres dias se separó de nuestra compañía, quedándonos el chino, yo, su criado y otro mozo de México que le sollicité para que hiciera los mandados.

Todavía estaba creyendo mi amigo que yo era Conde, y cada rato me decia: Conde, ¿cuándo vendrán de tu tierra por tí? Yo le respondía lo primero que se me venia á la cabeza, y él quedaba muy satisfecho, pero no lo quedaba tanto el criado mexicano, que aunque me veía decente, no advertia en mí el lujo de un Conde; y tanto le llegó á chocar, que un dia me dijo: Señor, perdone su merced; pero dígame ¿es Conde de veras ó se apellida así? Así me apellido, le respondí, y me quité de encima aquel curioso majadero.

Así lo iba yo pasando muy bien entre Conde y no Conde con mi chino, ganándole cada dia mas y mas el afecto, y siendo depositario de su confianza y de su dinero con tanta libertad, que yo mismo, temiendo no me picara la culebra del juego y fuera á hacer una de las mias, le daba las llaves del baúl y petaquilla, diciéndole que las guardara y me diese el dinero para el gasto. El nunca las tomaba, hasta que una vez que instaba yo sobre ello se puso serio, y con su acostumbrada ingenuidad me dijo: Conde, dias ha que porfias porque yo guarde mi dinero; guárdalo tú si quieres, que yo no desconfío de tí, porque eres noble, y de los nobles jamas se debe desconfiar, porque el que lo es, procura que sus acciones correspondan á sus principios: esto obliga á cualquier noble aunque sea po-

bre: ¡cuánto no obligará á un noble visible y señalado en la sociedad como un Conde? Con que así guarda las llaves y gasta con libertad en cuanto conozcas que es necesario á mi comodidad y decencia; porque te advierto que me hallo muy disgustado en esta casa, que es muy chica, incómoda, sucia y mal servida, siendo lo peor la mesa: y así hazme gusto de proporcionarme otra cosa mejor, y si todas las casas de tu tierra son así, avísame para conformarme de una vez.

Yo le dí las gracias por su confianza, y le dije: que supuesto queria tratarse como caballero que era, tenia dinero, y me comisionaba para ello, que perdiera cuidado, que en menos de ocho dias se compondria todo.

A este tiempo entró el criado mi paisano con el maestro barbero, quien luego que me vió se fué sobre mí con los brazos abiertos, y apretándome el pescuezo que ya me ahogaba, me decia: ¡Bendito sea Dios, señor amo, que lo vuelvo á ver y tan guapote! ¡Dónde ha estado vd? Porque despues de la descolada que le dieron los malditos indios de Tula, ya no he vuelto á saber de vd. para nada. Lo mas que me dijo un su amigo fué que lo habian despachado á un presidio de soldado por no se qué cosas que hizo en Tixtla; pero de entonces acá no he vuelto á tener razon de vd. Conque dígame, señor, ¡qué es de su vida?

Al decir esto me soltó, y conocí que mi amigote que me acababa de hacer quedar tan mal, era el señor Andresillo, que me ayudaba á afeitar perros, desollar indios, desquijarar viejas, y echar ayudas. No puedo negar que me alegré de verlo, porque el pobre era buen muchacho; pero hubiera dado no se qué, porque no hubiera sido tan extremo y majadero como fué; haciéndome poner colorado y echando por tierra mi condazgo con sus sencillas preguntas delante del señor chino, que como nada lerdo advirtió que mi condazgo y riquezas eran trapacerias; pero disimuló y se dejó afeitar, y

concluida esta diligencia, pagué á Andrés un peso por la barba, porque es fácil ser liberal con lo ageno.

Andrés me volvió á abrazar y me dijo que lo visitara, que tenia muchas cosas que decirme, que su barberia estaba en la calle de la Merced junto á la casa del Pueblo. Con esto se fué y mi amo el chino, á quien debo dar este nombre, me dijo con la mayor prudencia: acabo de conocer que ni eres rico ni conde, y creo que te valiste de este artificio para vivir mejor á mi lado.

Nada me hace fuerza, ni te tengo á mal que te propongas tu mejor pasage con una mentira inocente. Muchomenos pienses que has bajado de concepto para mí, porque eres pobre y no hay tal condazgo; yo te he juzgado hombre de bien, y por eso te he querido. Siempre que lo seas, continuarás logrando el mismo lugar en mi estimacion, pues para mí no hay mas conde que el hombre de bien, sea quien fuere, y el que sea un pícaro no me hará creer que es noble, aunque sea Conde. Conque anda: no te avergüences: sígueme sirviendo como hasta aquí, y señálate salario, que yo no sé cuanto ganan los criados como tú en tu tierra.

Aunque me avergoncé un poco de verme pasar en un momento en el concepto de mi amo de conde á criado, no me disgustó su cariño, ni menos la libertad que me concedia de señalarme salario á mi arbitrio y pagarme de mi mano; y así, procurando desechar la vergüencilla como si fuera mal pensamiento, procuré pasarme buena vida, comenzando por gran gear á mi amo y darle gusto.

Con este pensamiento salí á buscar casa, y hallé una muy hermosa y con cuantas comodidades se pueden apetecer, y á mas de esto barata y en buena calle, como es la que llaman de *D. Juan Manuel*.

A seguida, como ya sabia el modo, me conchabé con un almonedero, quien la adornó pronto y con mucha decencia. Despues solicité un buen cocinero y un portero, y á lo último com-

pré un famoso coche con dos troncos de mulas: encargué un cochero y un lacayo, les mandé hacer libreas á mi gusto, y cuando estaba todo prevenido, llevé á mi amo á que tomara posesion de su casa.

Hemos de estar en que yo no le habia dado parte de nada de lo que estaba haciendo, ni tampoco le dije que aquella casa era suya, sino que le pregunté ¿qué le parecia aquella casa, ajuar, coche y todo? Y cuando me respondió que aquello sí estaba regular, y no la casucha donde vivia, le dí el consuelo de que supiera que era suyo. Me dió las gracias, me pidió la cuenta de lo gastado para apuntarlo en su diario económico, y se quedó allí con mucho gusto.

Yo no estaba menos contento: ya se ve, ¿quien habia de estar disgustado con tan buena coca como me habia encontrado! Tenia buena casa, buena mesa, ropa decente, muchas onzas á mi disposicion, libertad, coche en que andar y muy poco trabajo, si merece el nombre de trabajo el mandar criados y darles el gasto.

En fin, yo me hallé la bolita de oro con mi nuevo amo, quien á mas de ser muy rico, liberal y bueno, me queria mas cada dia porque yo estudiaba el modo de lisongearlo. Me hacia muy circunspecto en su presencia, y tan económico, que reñia con los criados por un cabo de vela que se quedaba ardiendo, y por tantita paja que veia tirada por el patio; y así mi amo vivia con fiado en que le cuidaba mucho sus intereses; pero no sabia que cuando salia solo no iban mis bolsas vacias de oro y plata que gastaba alegremente con mis amigos y las amigas de ellos.

Ellos se admiraban de mi suerté y me rodeaban como moscas á la miel. Las muchachas me hacian mas fiestas que perro hambriento á un hueso sabroso, y yo estaba envanecido con mi dicha.

Un dia que iba solo en el coche á un almuerzo para que fui convidado en Jamaica, decia entre mí: ¡qué equivocado estaba mi padre cuando me predicaba que aprendiera oficio ó me

dedicara á trabajar en algo útil para subsistir, porque el que no trabajaba no comia! Eso seria en su tiempo, allá en tiempo del rey Perico: cuando se usaba que todo el mundo trabajara y los hombres se avergonzaban de ser inútiles y flojos: cuando no solo los ricos, sino hasta los reyes y sus mugeres hacian gala de trabajar algunas ocasiones con sus manos, y finalmente, cuando los hombres usaban gregüescos y empeñaban un bigote en cualquiera suma. ¡Edad de fierro! ¡Siglo de obscuridad y torpeza!

¡Gracias á Dios que á ella se siguió la edad de oro y el siglo ilustrado en que vivimos, en el que no se confunde el noble con el plebeyo, ni el rico con el pobre! Quédense para los últimos los trabajos, las artes, las ciencias, la agricultura y la miseria, que nosotros bastante honramos las ciudades con nuestros coches, galas y libreas.

Si los plebeyos nos cultivan los campos, y nos sirven con sus artefactos, bien les compensamos sus tareas, pagándoles sus labores y hechuras como quieren, y derramando á manos llenas nuestras riquezas en el seno de la sociedad en los juegos, bailes, paseos y lujo que nos entretienen.

Para gastar el dinero como yo lo gasto ¿qué ciencia ni trabajo se requiere para adquirirlo como yo lo he adquirido? ¿Qué habilidad se necesita sino una poquilla de labia y alguna fortuna? Así es que yo no soy conde, pero me raspo una vida de marqués. Acaso habrá condes y marqueses que no podrán tirar un peso con la franqueza que yo, porque les habrá costado mucho trabajo buscarlo, y les costará no menor conservarlo.

No hay duda, el que ha de ser rico y nació para serlo, lo ha de ser aunque no trabaje, aunque sea un flojo y una bestia: quizá por eso dice un refran, que al que Dios le ha de dar, por la gatera le ha de entrar; así como el que nació pobre aunque sea un Salomon, aunque sea muy hombre de bien y trabaje del dia á la noche, jamás tendrá un peso, y aun cuando lo

consiga, no le lucirá, se le volverá sal y agua, y morirá á obscuras aunque tenga velería.

Tales eran mis alocados discursos cuando me embriagaba con la libertad y la proporcion que tenia de entregarme á los placeres; sin advertir que yo no era rico ni el dinero que gastaba era mio, y que aun en caso de serlo, esta casualidad no me la habia proporcionado la Providencia para ensoberbecerme ni ajar á mis semejantes, ni se me habian dado las riquezas para disiparlas en juegos ni excesos, sino para servirme de ellas con moderacion, y ser útil y benéfico á mis hermanos los pobres.

En nada de esto pensaba yo entonces, antes creia que el que tenia dinero tenia con él un salvo conducto para hacer cuanto quisiera y pudiera impunemente por malo que fuera, sin tener la mas mínima obligacion de ser útil á los demás hombres para nada; y este falso y pernicioso concepto lo formé no solo por mis depravadas inclinaciones, sino ayudado del mal ejemplo que me daban algunos ricos disipados, inútiles é inmorales: ejemplo en que no solo apoyaba mi vieja holgazanería, sino que me hizo cruel á pesar de las semillas de sensibilidad que abrigaba mi corazón.

Engreido con el libre manejo que tenia del oro de mi amo: desvanecido con los buenos vestidos, casa y coche que disfrutaba de coca: aturdido con las adulaciones que me prodigaban infinitos aduladores de mas que mediana esfera, que á cada paso celebraban mi talento, mi nobleza, mi garbo, y mi liberalidad, cuyos elogios pagaba yo bien caros, y lo mas pernicioso para mí, engañado con creer que habia nacido para rico, para virrey ó cuando menos para conde, miraba á mis iguales con desden, á mis inferiores con desprecio, y á los pobres enfermos, andrajosos y desdichados, con asco; y me parece que con un ódio criminal, solo por pobres.

Escusado será decir que yo jamás socorria á un desvalido, cuando les regateaba las palabras, y en algunos casos en que me

era indispensable hablar con ellos, salian mis expresiones destiladas por alambique: *bien; veremos; otro dia; ya; pues; si; no; vuelva;* y otros laconismos semejantes era los que usaba con ellos la vez que no podia excusarme de contestarles, si no me incomodaba y los trataba con la mayor altanería, poniéndolos como un suelo, y aun amenazándolos de que los mandaria echar á palos de las escaleras.

Y no penseis que esto lo hacia con los que me pedian limosna, porque á nadie se le permitia entrar á hablarme con este objeto enfadoso; mis orgullos se gastaban con el casero, el sastre, el peluquero, el zapatero, la lavandera y otros infelices artesanos ó sirvientes que justamente demandaban su trabajo; por señas que al fin tuvo que pagar mi amo mas de dos mil pesos de estas drogas que yo le hice contraer, al mismo tiempo que en paseos, meriendas, coliseo y fiestas gastaba con profusion.

No habia funcioncita de Santiago, Santa Ana, Ixtacalco, Ixtapalapan, y otras á que yo no concurriera con mis amigos y amigas, gastando en ellas el oro con garbo. No habia almuerceria afamada donde algun dia no les hiciera el gasto, ni casamiento, dia de santo, cantamisa ó alguna bullita de estas donde no fuera convidado, y que no me costara mas de lo que pensaba.

En fin, yo era perrito de todas bodas, engañando al pobre chino segun queria, teniendo un corazón de miel para mis aduladores y de acibar para los pobres. Una vez se arrojó á hablarme al bajar del coche un hombre pobre de ropa; pero al parecer decente en su nacimiento. Me expresó el infeliz estado en que se hallaba: enfermo, sin destino, sin proteccion, con tres criaturas muy pequeñas y una pobre muger tambien enferma en una cámara, á quienes no tenia que llevarles para comer á aquella hora, siendo las dos de la tarde. Dios socorra á vd. le dije con mucha sequedad, y él entonces hincándoseme delante en el descanso de la escalera, me dijo con las lágrimas

en los ojos: Señor D. Pedro, socórrame vd. con una peseta, por Dios, que se muere de hambre mi familia, y yo soy un pobre vergonzante que no tengo ni el arbitrio de pedir de puerta en puerta, y me he determinado á pedirle á vd. confiado en que me socorrerá con esta pequeñez, siquiera porque se lo pido por el alma de mi hermano el difunto D. Manuel Sarmiento, de quien se debe vd. de acordar, y si no se acuerda, sepa que le hablo de su padre, el marido de Doña Ines de Tagle, que vivió muchos años en la calle del Aguila donde vd. nació, y murió en la de Tiburcio, despues de haber sido relator de esta real Audiencia, y . . . Basta, le dije: las señas prueban que vd. conoció á mi padre, pero no que es mi pariente, porque yo no tengo parientes pobres: vaya vd. con Dios.

Diciendo esto, subí la escalera dejándolo con la palabra en la boca sin socorro, y tan exasperado con mi mal acogimiento, que no tuvo mas despiques que hartarme á maldiciones, tratándome de cruel, ingrato, soberbio y desconocido. Los criados que oyeron cómo se proferia contra mí, por lisongearme lo echaron á palos, y yo presencié la escena desde el corredor riéndome á carcajadas.

Comí, y dormí buena siesta, y á la noche fuí á una tertulia donde perdí quince onzas en el monte, y me volví á casa muy sereno y sin la menor pesadumbre; pero no tuve una peseta para socorrer á mi desdichado tío. Me dicen que hay muchos ricos que se manejan hoy como yo entonces: si es cierto, apenas se puede creer.

Así pasé dos ó tres, meses hasta que Dios dijo: basta.

CAPITULO VII.

En el que Perico cuenta el maldito modo con que salió de la casa del chino, con otras cosas muy bonitas; pero es menester leerlas para saberlas.

Como no hay hombre tan malo que no tenga alguna partida buena, yo, en medio de mis extravíos y disipacion, conservaba algunas semillas de sensibilidad, aunque embotadas con mi soberbia, y tal cual respetillo y amor á mi religion, por cuyo motivo, y deseando conquistar á mi amo para que se hiciera cristiano, lo llevaba á las fiestas mas lucidas que se hacian en algunos templos, cuya magnificencia lo sorprendia, y yo veia con gusto y edificacion el grande respeto y devocion con que asistia á ellas, no solo haciendo ó imitando lo que veia hacer á los fieles, sino dando ejemplo de modestia á los irreverentes, porque despues que estaba arrodillado todo el tiempo del sacrificio, no alzaba la vista, ni volvia la cabeza, ni charlabá, ni hacia otras acciones indevotas que muchos cristianos hacen en tales lugares, con ultrage del lugar y del divino culto.

Yo advertí que movia los labios como que rezaba, y como sabia que ignoraba nuestras oraciones y no tenia motivo para pensar que creia en nuestra religion, me hacia fuerza, y un dia, por salir de dudas, le pregunté, ¿qué decia á Dios cuando oraba en el templo? A lo que me contestó: yo no sé si tu Dios existe ó no existe en aquel precioso relicario que me enseñas; pero pues tú lo dices y todos los cristianos lo creen, razones sólidas, pruebas y experiencias tendrán para asegurarlo. A mas de esto, considero que en caso de ser cierto, el Dios que tú adoras no puede ser otro sino el mayor ó el Dios de los dioses, y á quien estos viven sujetos y subordinados: seguramente adorais á Laocon Izautey, que es el gobernador del cielo, y en esta creencia le digo: *Dios grande, á quien adoro en este*